

Los Hermanos Oscuros

CUADERNO DE ARTISTA

En memoria de Constancio Hermano (1927-2008), quien empezó a trabajar siendo casi un niño, pasó su juventud en los montes haciendo carbón de encina, en su madurez descargó camiones en la Electrolisis de Palencia y durante su vejez cuidó de los huertos de sus hijos.

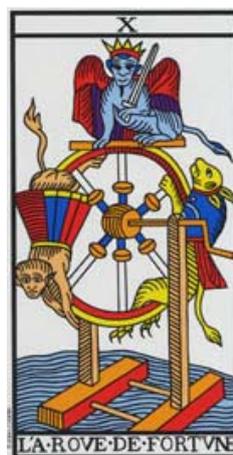
Fortuna imperatrix mundi.

Esta frase aparece escrita en uno de los *Carmina Burana*, esos documentos medievales un tanto comprometidos que circulaban por los conventos de entonces, y que ya en el siglo XX inspiraron a Carl Orff su célebre música. Sin duda en estos textos se revela una Edad Media algo irreverente y escéptica, extrañamente hedonista y desconfiada hacia el futuro. A lo mejor fueron así las cosas, en esas abadías tan multitudinarias habría quien no sentiría piedad alguna. Tanto *Il Decamerón* de Bocaccio, *The Canterbury Tales* de Chaucer, *El Libro del Buen Amor* del Arcipreste de Hita o las obras de Rabelais, están desde luego llenas de clérigos poco dados a confianzas divinas y sí muy entregados al disfrute incontinente. No es de extrañar por tanto que una carta del Tarot esté dedicada a la Fortuna, y que ésta tome forma de rueda que engancha en su girar a seres profundamente variopintos. Ocurre sin embargo que no todos ven a la Emperatriz Fortuna de igual modo, mientras para los ricos se trata una criatura alada extrañamente caprichosa y ciega, esquiva pero presente, para los más humildes resulta tan lejana que carece de imagen, aunque no de relato, como veremos más adelante.

Estas diferentes maneras de concebir la Fortuna se ven muy bien reflejadas si comparamos dos arcanos provenientes de barajas de Tarot bien conocidas: el Tarot Visconti-Sforza y el Tarot de Marsella



Tarot Visconti-Sforza



Tarot de Marsella

En la versión italiana queda resumido el mundo cortesano del primer Renacimiento. La carta podría haber sido ideada por Maquiavelo o por Castiglione. La Emperatriz Fortuna aparece en ella como un ángel ambiguo, ciego y jugueteón que gira una rueda de madera que engancha en su girar a cuatro personajes distintos. En la parte superior de la rueda se yergue un jovencuelo con orejas de burro postizas (todavía hoy se usan dichas orejas como parte de un rito de paso cuando un estudiante se doctora en alguna universidad italiana), Junto a él una leyenda que reza "Reino". Sin duda los poderosos no salen muy bien parados en este dibujo; se los retrata como inconscientes y lelos, semejantes a niños pijos. A los lados, otros dos jóvenes cortesanos; el de la izquierda, vestido de verde sube, el de la derecha, vestido de rojo, baja. Junto al primero, la leyenda "Reinaré", junto al otro, la leyenda "Reiné". Estos personajes laterales bien pueden representar las miserias de las cortes renacentistas en Italia, llenas de conspiradores, arribistas y aduladores. En la parte inferior de la rueda un anciano gatea mientras en una leyenda se lee "Estoy sin reino", se trata de un pordiosero quien tal vez fue antaño un soberano, aunque pueda recuperar su reino como un Ulises disfrazado de mendigo para no levantar sospechas entre los usurpadores de Palacio. En conjunto, la danza continua de estos cuatro personajes resume gráficamente el ambiente de intrigas constantes que caracterizaba las cortes de la época en la región transalpina, donde los soberanos siempre corrían peligro de derrocamiento o de morir envenenados. El conocido libro de Jacob Burhardt *La Cultura del Renacimiento en Italia* destina un capítulo (*el Estado como obra de Arte*), a tal fenómeno.

Pero el Tarot de Marsella nos ofrece una versión totalmente distinta de la Rueda de la Fortuna. Para empezar, ninguna criatura ocupa el centro de la rueda, ahora vacante. Se ve un eje que semeja a un ovillo, un mecanismo al desnudo casi duchampiano. Quien ocupa la parte superior de la rueda es una esfinge; muy contrahecha por cierto. Las esfinges tienen un halo de inaccesibilidad, son las guardianas del enigma; y parecen eternas. Me cuesta pensar, por tanto, que la esfinge forme parte de la rueda, parece más bien situada en una plataforma sobre ella, como si reinara sobre la misma. Tampoco existe nadie en la parte inferior de la rueda, ocupada por un paisaje baldío que soporta el mecanismo y semeja tanto un campo arado como una corriente de agua. Lo más interesante, no obstante, son las figuras laterales; aquí no son cortesanos sino animales con ropas humanas cuyo esfuerzo parece mover la rueda; es un movimiento parecido al trote de hamsters dentro de pequeñas norias. Sin duda estamos ante una visión proletaria del funcionamiento del Mundo, poco dada a creerse el cuento de la (cambiante) Fortuna. Son siempre los mismos seres los que andan enfangados en un trabajo esclavo. Unos señores coronados y ridículos se dedican a disfrutar del movimiento mecánico sin reparar en el sudor de las bestias. Esas bestias son, como la mula atada a una noria que retrató en un poema Antonio Machado, demasiado humanas.

Muchas son las personas que no han vivido sino para girar norias en todo tiempo y lugar. El mundo ha funcionado gracias a su constante esfuerzo, y lo sigue haciendo todavía. En su recomendable ensayo *el Mundo sin nosotros*, el periodista Allan Weisman se pregunta por los cambios que sufriría el planeta si la Humanidad se esfumara de repente. Sus conclusiones resultan sorprendentes; las primeras alteraciones perceptibles sucederían en un plazo de días y están relacionadas con todos esos trabajos oscuros que nadie reconoce: limpieza y recogida de basuras, achicamiento de agua, supervisión y manejo de maquinaria... Cuando los colectivos que los realizan - transportistas, ferroviarios, limpiadores, médicos, policías- se ponen en huelga paralizan un país, creando el caos general. Recuerdo que hace un tiempo oí hablar de una

supuesta “huelga de artistas” para protestar por no sé que medida. Me dio la risa floja, ¿en serio alguien piensa que somos tan necesarios? Al menos no de ese modo.

La imagen de esos trabajadores oscuros, que sostienen como sufridos titanes nuestra vida, maldiciendo entre dientes la perra vida que les ha tocado en suerte, ha ido ganando terreno en mi trabajo artístico a medida que se despertaba en mí una conciencia social. Probablemente yo ya tendría una disposición para reconocerlos no vinculada a una virtud especial sino al hecho (muy jugoso para un psicoanalista) de haber tenido un hermano 7 años mayor que yo que nació muerto. Es posible que todos esos trabajadores abnegados no sean sino una proyección de su sombra, pero la verdad, creo que da igual. Todos los orígenes tienen algo de sombrío y de accidental, lo importante es saber aprovechar de la mejor manera posible las circunstancias que nos han conformado para que nuestra existencia sea por lo menos un poco fructífera.

Desconozco si existe el Destino, si los recorridos por los que girará la rueda en la carta del Tarot están trazados de antemano o son exclusivos frutos del azar. Pero a veces la vida exhibe coincidencias extrañas, inquietantes al menos. Escribo este texto desde Guardo, una localidad del Norte de Palencia que, a mediados del siglo XX creció rápidamente, acogiendo a gentes muy diversas que acudían a las explotaciones mineras de la zona., provenían casi todas de la montaña palentina y leonesa, aunque también acudieron asturianos, gallegos, extremeños y hasta paquistaníes. La fábrica de explosivos Riotinto y la central Térmica de Velilla de Río Carrión vinieron a incrementar la afluencia humana a este apartado rincón de Iberia. Más tarde, a mediados de los años 80 vino la reconversión industrial, se cerraron muchas minas y se fue dismantelando la fábrica de explosivos (persiste únicamente la Central de Velilla). Ahora quedan empresas de camiones, de reciclado de neumáticos y materiales de construcción. Como bien se puede intuir, la cultura laboral en Guardo es la del trabajador tiznado de carbón, hollín, o pólvora; un rudo esforzado –picador o barrenista- que aspira a beberse la vida a grandes tragos durante su tiempo libre. (Todavía queda un número desproporcionado de bares para la menguante población del lugar).



Lavadero de UMINSA. Guardo (Palencia)



Monumento al minero junto a su autor. Jacinto Higuera Catedra. Guardo (Palencia)

Muchos pensarán que este ambiente es nefasto para cualquier actividad cultural, no les faltarán razones sin duda. Pero lo cierto es que al menos hubo un artista interesante que extrajo algo más que carbón de las sucias minas de la comarca.

Ambrosio Ortega Alonso (nacido en 1923 en Barruelo de Santullán provincia de Palencia). fue detenido en 1947 por pedir ayuda pública para la guerrilla en la plaza de un pueblo; en realidad era ya entonces un organizador del “Maquis” en el Norte de Palencia, además de trabajador en la mina. No fue liberado hasta 1970, el año del proceso de Burgos. En los veintitrés años de presidio pasó por multitud de cárceles, fue condenado a muerte, se evadió del penal de “El Dueso” y recibió un castigo colectivo en Teruel, que luego no fue tal. También le dio tiempo a aprender a pintar, adoptando el pseudónimo de “Brosio”. En la década de los setenta comenzó a realizar exposiciones en varias ciudades españolas: Gijón, Oviedo, Barcelona. Sus acuarelas de tonos fríos e iridiscentes, pobladas por anónimos mineros que escarban la tierra como siluetas sombrías no dejaron indiferente al mundo artístico de la época. No es de extrañar; aún hoy conmueven por su extraordinaria calidad y hondura. Brosio llegó a ser retratado por Alberto Schommer, que recibió del periódico ABC el encargo de fotografiar a 6 pintores; eligiendo además de a Dalí, Miró o Tápies, a Brosio; le fotografió con el torso desnudo, llevándose las manos a la cabeza y entre pinceles que parecen barrotes o andamios. Es un retrato magnífico, de hecho uno de los mejores del afamado fotógrafo. Pero a principio de los años noventa Brosio desapareció para el mundo, un accidente doméstico estuvo a punto de costarle la vida. Una galería de Nueva York acababa de mandarle una carta interesándose por su trabajo. Y es ahora, cuando siendo ya muy anciano, comienza un tímido reconocimiento a su figura: un homenaje en su pueblo natal, Barruelo de Santullán; alguna exposición en salas que él no merece, algún artículo suelto. Si este país fuera distinto, Brosio sería tan conocido como Zoran Music (un artista cuya trayectoria guarda ciertas similitudes con la suya). Desgraciadamente, a injustos no nos gana nadie. Brosio es hoy un pintor desconocido para la *intelligentsia* artística española. ¿Hasta cuando lo va a ser? Este “hermano oscuro”, carne de presidio y de tortura, se sentiría muy identificado con cualquiera de los animalitos que giran en la rueda del Tarot. De hecho sus siluetas mineras tienen algo de impersonal, algo que recuerda curiosamente mucho a la obra de una joven artista americana muy a la moda: Kara Walker. Claro que en vez de sombras inspiradas en *la cabaña del Tío Tom* tenemos mineros palentinos, y eso no gusta tanto a los museos, galeristas y críticos. Las sombras de Brosio nos acechan desde la proximidad echando su aliento helado sobre nuestra nuca, y eso a la *intelligentsia* no le hace ninguna gracia.



Mineros gritando. Acuarela de Brosio



Instalación de Kara Walker

A raíz de este artículo, decido conocer a Brosio. En el bar *Los Candiles* he visto algunas reproducciones de su trabajo. Carmen, hija del antiguo jefe de estación de Guardo y propietaria del bar dice que no hay ningún problema, que ella se encarga de facilitarme el contacto. Finalmente me comunica que Paulino, un compañero de trabajo, tiene una nieta de Brosio. Él mismo me lo presenta. Su mujer, bastante más joven, me abre la puerta mostrando una mirada amable. Brosio aparece detrás, es un hombre viejo lógicamente, pero sus ojos son de un azul eterno como el de ciertas mañanas de invierno. Su mirada es intensa, y refleja sus años de presidio (lo sé, he conocido a otros presidiarios que miraban igual). Su voz es pausada, serena, me siento en una sala llena de plantas, de bolas de cristal irisado, de coloridos *bibelots*; un lugar para el olvido, o al menos un recinto para amortiguar una memoria demasiado traumática. Brosio empieza contándome su vida en Barruelo, trabaja siendo muy niño en unas huertas que tenía su padre. Viene la guerra y su hermano mayor Mariano se fuga al monte tras un incidente con la Guardia Civil. A Mariano lo asesinarán poco después. Antes de morir Mariano, Brosio ingresa en el Maquis. Pasa un invierno en una choza pero las duras condiciones climáticas le hacen volver a casas “protegidas” durante el invierno para evitar los fríos y las nieves. De la detención nada dice. Me cuenta que comienza a pintar en la cárcel y que también allí adquiere una cultura, pues los catedráticos, profesores y maestros presos por sus ideas políticas se dedicaban a alfabetizar a muchos presos. Ya en prisión hace retratos (muy logrados técnicamente) para subsistir. Cambia cuadros por comida para no morir de lo que los médicos de aquel tiempo llamaban *avitaminosis*. Me cuenta que le visita en prisión Agustín Ibarrola, muy interesado por su trabajo. Brosio se sabe un autodidacta y se sorprende del interés de Ibarrola. Al salir de presidio comienza a organizar el Partido Comunista en Palencia. Gana dinero vendiendo cuadros y lo emplea en actividades clandestinas. También me relata el fatal accidente que le sobreviene por una mala combustión de su chimenea y de cómo le ha costado mucho pintar desde entonces. Hablamos de su técnica, de esas líneas sinuosas que emplea y que define como “aerodinámicas”. Le hago la observación de que su pintura está llena de

fantasmas y él asiente. Le hablo de Zoran Music y de sus trabajos sobre el Holocausto; no le conoce pero me escucha con atención. Han pasado más de dos horas cuando entra su mujer. Creo que es hora de irse.

Tardes como ésta me confirman en una posición artística radical. España es una tierra de olvido. Hay que recuperar tantas vidas para el Arte , tantas historias... Como una vez me dijo el escritor Luis Mateo Díez, hay un mundo entero desapareciendo sin relato.

Por ejemplo aquel en el que se gestó “el Maquis”. Siempre me ha llamado la atención esa íntima conexión que se aprecia entre el Maquis y la Mina. Le pregunté a Brosio por el motivo de dicha relación y me contestó lacónicamente “es que la vida en la mina entonces era muy dura”. Si observamos dos mapas de España con sendas distribuciones de explotaciones mineras y focos de resistencia guerrillera anti-franquista, veremos como son asombrosamente coincidentes (más allá de acontecimientos que los vinculen como el levantamiento asturiano del 1934 y su posterior represión militar). Tal vez a quien estaba acostumbrado a bajar al pozo todos los días le costó menos sepultarse en vida monte arriba. Mi próxima exposición, prevista para Marzo de 2009, en el Centro de Arte joven de la Comunidad de Madrid (situado en Avenida de América) incluirá dos obras sobre los perdedores de la Guerra Civil. Una instalación que reconstruye la morada de un guerrillero refugiado en los Montes Cantábricos.

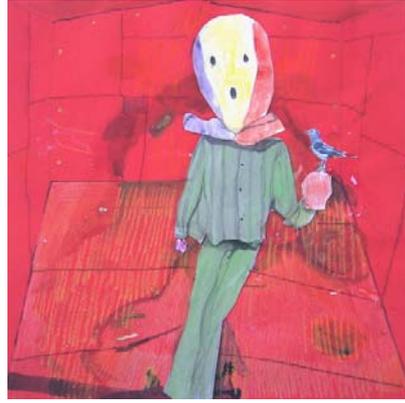


Los Maquis

Era el año 1940, un puñado de hombres valerosos, refugiados en los valles leoneses, continuaba luchando contra el Fascismo .Años después muchos de ellos habían sido ya apresados o muertos, si bien quedaban todavía resistentes que habían ahogado su utopía en cerveza rancia



No todo el mundo pudo salvar el pellejo, o al menos aguantar en los montes durante unos años agónicos. Para algunos la resistencia fue un capítulo breve en unas vidas que serían truncadas con celeridad. Entre ellos mi propio abuelo desaparecido en Cabra (Córdoba) en Septiembre del 36. Un dibujo relatará lo que ocurrió a quienes, siendo republicanos, carecían de montes próximos para escapar con facilidad de la cárcel o del paredón. La serie de dibujos *El Mundo sin Nosotros* es un recorrido por la comarca del Cerrato, la zona meridional de Palencia (otro lugar donde recientemente se han abierto fosas de caídos en la Guerra Civil). A partir de fotografías de casas derruidas en las que ya no vive nadie, aparecen rastros de la vida de los animales, plantas y objetos que todavía no han abandonado aquel inhóspito paraje.



La memoria de los trapos

La casa roja guarda unas ropas que nunca pudieron descansar tranquilas. Una vez fueron apartadas con saña del cuerpo que vestían y ahora, tanto tiempo después, los resentimientos y las heridas sin cerrar les han llevado a juntarse unas con otras hasta evocar el talle de aquel su dueño, caído en esa terrible guerra de hermanos. En vano tratan de contar sus penas a los pájaros. Las arecillas, si bien mansas y comprensivas, no entienden nada de política.

Mas mi deuda con Brosio y con sus hermanos oscuros no acaba aquí, sería un poco hipócrita por mi parte solidarizarme con cierta causa política e ignorar abusos e injusticias más contemporáneas. Muchos de los dibujos pertenecientes a la serie *Comunidad Fantasma* están dedicados a la memoria de los trabajadores que se han partido la espalda en las estribaciones meridionales de la Cordillera Cantábrica y que un día tuvieron que hacer las maletas para buscarse la vida en otras regiones. En este dibujo, expuesto en Cruce en 2007, aparece una familia de africanos (la gente de Cabo Verde fue a picar carbón a comarcas leonesas, por lo que me he tomado una pequeña licencia poética situándolos en el Norte de Palencia), que se resiste a salir del pueblo a pesar de los malos tiempos que corren para el empleo en la Comarca.



Los últimos del trópico.

Hace años hacía falta mano de obra en la Comarca y vinieron muchos africanos a trabajar en las minas; llamaban la atención sus vestidos, siempre tan coloristas en el pardo ambiente de la Meseta. Poco a poco, al irse cerrando las explotaciones, marcharon para otros lugares más prósperos. Queda una familia que malvive vendiendo chatarra.

Otros dibujos de la serie, abordan el tema de la mina de manera más directa. No sé si Brosio ha sido alguna vez consciente del parecido entre sus acuarelas grisáceas llenas de siluetas negras vistas a contraluz, con la imagen del infierno pre-cristiano; un antro oscuro y polvoriento donde unos seres disminuidos –todos difuntos- comen limo mientras añoran la luz, el color y los cuerpos hermosos. La primera alusión literaria a este destino de ultratumba aparece en la epopeya de Gilgamesh, cuando éste cava un hoyo en el suelo para escuchar la voz del espíritu de su amigo Enkidú, que le confiesa no sentirse demasiado bien allá abajo. Desde entonces muchos han sido los visitantes del inframundo en tiempos y lugares distantes unos de otros, muchos han sido también los nombres para tan desoladas estancias: Seol, Hades, Orco, Érebo...

De entre todos los viajeros subterráneos, aquel que concierne más a los artistas es Orfeo; el enamorado que desciende al Hades para recuperar a su amada, presa de las garras de la muerte. Con su voz y su lira conmueve de tal manera al Señor de los Muertos, que éste deja excepcionalmente a Eurídice salir de sus dominios; únicamente impone a aquel una condición a Orfeo: no debe mirar hacia atrás para verla hasta alcanzar ya ambos el mundo de los vivos. Lamentablemente Orfeo desobedece la

prohibición y pierde definitivamente a su amada. De ahora en adelante cantará a una sombra; su voz rota será capaz de conmover a las mismas bestias. Hay algo órfico en el trabajo de Brosio, justo cuando comienza a ser conocido, cuando parece que el éxito le sigue; se esfuma de repente su suerte. Hay algo órfico también (aunque no tan trágico) en mi apuesta personal por basar un trabajo artístico en esas comarcas y gentes ibéricas relegadas a la condición de sombras, abandonadas a su suerte por las élites económicas, políticas y culturales. Por eso algunos dibujos de espacios cerrados tienen en mi obra un cierto aire infernal (en la pagana acepción del término).



Los Carboníferos.

He aquí una puerta del Infierno, situada en las afueras del pueblo; aquí moran los que iban a la mina y tomaron el sendero equivocado, aquí, convertidos en sombras, cargan con el carbón de su carne.

No solamente el trabajo del minero es “infernal”. Su ocio también lo es. Con dinero en el bolsillo y sin ninguna confianza en el aplazamiento del goce, pues quién sabe si mañana saldrá del pozo; el minero busca evasión a toda costa cada noche de su vida. En la localidad de Guardo durante los tiempos de bonanza las juergas eran famosas. Había de todo: mujeres (pagadas y sin pagar) apuestas, estupefacientes y alcohol. Es lo que tiene la mina: por los pozos afloran las potencias tónicas del ser humano. Así, quien sale a la superficie cada tarde es como si naciera de nuevo. Aunque esté silicoso, el minero se siente joven y con ganas de “mambo”. Con el cierre de las minas desaparecieron algunos antros, cerraron sus oscuras puertas y nada ha venido a sustituirlos. Los antiguos locales, hoy olvidados, son testigo silenciosos de que este pueblo fue alguna vez la Mahagonny de Bertold Brecht.



La oscura puerta de la Carne.

Dicen las malas lenguas que detrás de esta puerta, cerrada día y noche, se celebra una continua orgía. Cuentan los corazones temerosos que quienes en ella participan desde tiempo atrás ya no son humanos sino que se encuentran definitivamente mezclados unos con otros.

Como infierno, no obstante, ninguno menos crudo que la reconversión industrial que afectó a estas tierras a mediados de los años 80. Una caída brusca de la actividad industrial seguida de un paulatino declive del que Guardo todavía no ha salido. La cuesta abajo se nota en multitud de fenómenos: semáforos siempre apagados, escaparates que no se cambian desde hace décadas, locales abandonados, mineros prejubilados cuya vida se derrama sobre la barra de un bar, jóvenes sin horizonte, ancianos desatendidos, etc. En realidad, es este abandono el protagonista de todos los dibujos de la serie *Comunidad Fantasma*.

Seguidamente incluiré un dibujo en los que se refleja de forma manifiesta la vida “subterránea” no de los mineros, sino de los desocupados.



La vida en una burbuja de licor.

Este bar tuvo una clientela muy fiel, cada tarde venían los mismos a degustar vinos y orujos. El día que lo cerraron nadie reparó en que se dejaban dentro del local algún que otro borrachín renegado. Todavía siguen allí, y eso que del cierre ya hace años. Siguen dando cuenta de las abundantes y secretas existencias de licor, como hormigas en una burbuja de néctar.

Siento haberme extendido tanto en la muestra de ejemplos, este exceso no creo se deba a una vanidad desorbitada (aunque todos tenemos una ración de la misma), sino a la importancia que –quiero recalcar- ha tenido para mí la circunstancia de residir durante unos años en Guardo. Esta localidad, en tierra de nadie, ha afianzado mi apuesta artística, me ha convertido en un creador que es heraldo –como Orfeo- de todo un mundo secreto. Nunca se puede hablar del Futuro con seguridad (hace poco un amigo me citó una frase de Agustín García Calvo en la que recomendaba sustituir la palabra “Futuro” por la palabra “Muerte”), pero creo que tal vez me ocurra lo que les sucede a los mineros cuando salen de la mina. A pesar de la ducha y el jabón siempre se les queda un halo negro de carbonilla en torno a los ojos; al verlos parecen enfermos o resacosos. Sí, a mí también es probable que me quede un cerco negro en la mirada.



Sebastiao Salgado. Mineros



Desfile de Armani

Dice verdad quien dice sombra afirmó una vez Paul Celan (uno de mis poetas de cabecera). Pero a mi hay sombras que no me interesan, hay negros que me parecen petulantes, cuando no soberbios. Son los negros “perfectos” que tiñen las togas de los jueces, las sotanas de los curas, los trajes de los modistos “chic”, las gafas de las estrellas del papel couché... Esos negros tientan mucho a algunos artistas quienes desean eludir su condición humana, o al menos presentarse como exquisitos, elegantes y superiores. Por el contrario es el negro humilde, impuro, el negro que no es sino ocultamiento acumulado, depósito de ingratitud e ignorancia, aquel que me conmueve. Pintar con ese negro sí me parece subversivo, porque no se trata de un color sino de una condición, de una atmósfera que se adhiere a la piel como caucho caliente. Es el negro que siempre usaba Brosio, nunca perfecto del todo, como el color de la Antracita.

Recorro el Arte y la Literatura del siglo XX buscando ese negro: lo encuentro en los rostros que pintaba Giacometti, en los sucios pueblerinos de Solana, en el Guernica de Picasso, en los abismos que rodean las carnes laceradas pintadas por Bacon, en los fantasmas de Zoran Music. También me topo con él en los laberintos burocráticos de Kafka, en el lenguaje acorralado de Beckett, en el primer Paul Auster, en *El desierto de los tártaros* de Buzatti, en *Masa y Poder* de Canetti, en *Muerte de un viajante* de Arthur Miller y, en fin, en todos los testigos del totalitarismo y la injusticia en este mundo: Primo Levi, Hannah Arendt, Albert Camus, Simone Weil, Soltzenitschin, Bulgakov, Milosz, Brodsky o Berger.

Gracias a ese negro, la vida, a pesar de parecerse al castigo de Sísifo, resulta algo más llevadera para las pobres bestias en la Rueda de la falsa Fortuna, porque su nombre real ya lo conocemos ahora, acaso ya lo conocíamos desde hace tiempo: no somos ingenuos, la Rueda de la Fortuna es casi siempre una **Rueda de la Injusticia**. Hay muy muy pocas excepciones, muy muy pocas oportunidades para las bestias de escapar a su esclavitud. Sin embargo nadie hay más grande que aquel que ayuda al cumplimiento de lo milagroso.

JOSÉ LUIS VIÑAS